

CREER EN EL SER HUMANO

VIVIR HUMANAMENTE

ANTROPOLOGÍA EN LOS EVANGELIOS

FELICÍSIMO MARTÍNEZ DÍEZ



evd

Felicísimo Martínez Díez

Creer en el ser humano Vivir humanamente

Antropología en los evangelios

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta:
Chapitel Comunicación

Ilustración de cubierta:
Adán y Eva, de Alberto Durero

Felicísimo Martínez Díez

© Editorial Verbo Divino, 2012
© De la presente edición: Verbo Divino, 2012

ISBN pdf: 978-84-9945-589-1
ISBN versión impresa: 978-84-9945-278-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

“¿Estos no son seres humanos?” (Antón Montesino)

*A todas las personas a quienes
se les ha negado su dignidad humana,
a veces en nombre de un falso evangelio.*

*A mis padres, hermanos, sobrinos...,
a los miembros de la comunidad dominicana...,
a todas las personas que han abundado y abundan en humanidad.*

*Al entrañable amigo Julio Lois,
humano en su vida, humano en su muerte
y profundamente humano en su esperanza.*

Contenido

Introducción	11
El ser humano: enigma y fatiga	21
¡Problema de lenguaje y más!.....	23
Un enigma que se nos resiste.....	26
¿Algo más que un enigma?	34
¿Algo que añadir al conocimiento del ser humano?	37
Ecce homo: ¿es esto un ser humano?	43
Jesús de Nazaret y el cristianismo: ¿Qué es el ser humano?	44
<i>Ecce homo:</i> ¿qué quería decir Pilatos?	51
<i>Ecce homo:</i> ¿y qué quería decir Friedrich Nietzsche?.....	57
<i>Ecce homo:</i> ¿qué quieren decir los cristianos?.....	65
Aclaraciones varias.....	75
“Y se hizo hombre”: el misterio de la humanización de Dios.....	87
El centro de la cristología: la unión hipostática, ¿hipos... qué?.....	89
Un poco de historia de la teología: ¿se hizo hombre?	94
Pero ¿tenía alma humana Jesús?	98
¿Tiene Jesús verdaderamente una voluntad humana, libre y autónoma?.....	103
¿Qué queda de aquellos debates cristológicos?	107
¿Hay contencioso entre la divinidad y la humanidad?	110
¿Tiene sentido la vida?: Jesús y el sentido de la vida.....	121
Opiniones encontradas.....	123
La importancia del sentido de la vida	131
Abundancia de bienestar y escasez de sentido	136

La experiencia religiosa y la experiencia cristiana como fuente de sentido	145
El Evangelio de Jesús, la mirada, la luz y el sentido	151
El Evangelio de Jesús y el sentido de la vida	158
Verdad y veracidad: vivir en la verdad.....	169
¿Por qué esa creciente sospecha frente a la verdad?	173
Pero ¿es importante la verdad?	182
Los niveles o los estratos de la verdad	187
Jesús de Nazaret: vivir en la verdad y morir por la verdad.....	196
La verdad: ser humano y vivir humanamente	205
El ideal de la libertad: liberarse para ser libres.....	213
El valioso ideal de la libertad	215
¿La religión favorece o dificulta la libertad?	223
Jesús, el hombre libre	230
Jesús, libre frente a los lazos familiares.....	235
Jesús, libre frente a la ley y frente a las instituciones	238
Jesús, libre frente a las personas	243
Jesús, libre frente a los bienes materiales.....	246
Jesús, libre frente a sí mismo	248
La libertad liberada: libertad para el bien	250
Una libertad liberada: la libertad solidaria y responsable.....	259
La búsqueda de la felicidad.....	267
Tenemos derecho a ser felices	271
¿Qué ha pasado con la moral cristiana?	274
Placer y felicidad, felicidad y placer	276
¿Qué decían los medievales sobre la felicidad o la “beatitud”?	281
¿Qué dice el Evangelio sobre el placer y la felicidad?	289
De la alegría a la fiesta: la celebración en la vida de Jesús	297
Bienaventuranzas, felicidad, amor y renunciación en los evangelios.....	300
Ser samaritanos para hacerse humanos	306
Entregar la vida para recuperarla: otra forma de buscar la felicidad	310

El mal y el sufrimiento: la otra cara de la felicidad.....	317
El sufrimiento: el gran enemigo de la cultura actual y de todas las culturas.....	320
El gran problema de la culpa y el sufrimiento moral	325
¿Es el sufrimiento capaz de hacernos más sabios y más humanos?	327
El sufrimiento no es un ideal para la vida humana	332
¿Qué hacer con el sufrimiento?.....	335
Contra algunas falsas interpretaciones del sufrimiento.....	340
El mal y el sufrimiento: los enemigos de la felicidad humana.....	348
El sufrimiento propio y el sufrimiento ajeno: ser samaritanos y hacerse humanos.....	354
 Comunicación y humanización: comunidad y soledad	367
El ideal de la comunidad y la trampa del individualismo	368
Vivir es convivir: la comunidad, fuente de humanización	375
El cuerpo, los bienes materiales, la humanización.....	384
La comunión de mesa, la convivencia humana y la realización humana	390
El amor y sus múltiples dimensiones: el corazón de la comunidad	400
Perdón y reconciliación: la consumación del amor y la comunidad	410
 Ser humano: el éxito y el fracaso en la vida humana	419
La muerte: el momento de la verdad	421
El abanico del éxito y el fracaso en la vida.....	426
“Semejante a nosotros en todo”, en la finitud y en las limitaciones	435
“Semejante a nosotros en todo, menos en el pecado” (Heb 4,15)	440
El pecado y el fracaso en la vida humana.....	446
La salvación y el éxito en la vida humana	453
 La muerte: ¿fracaso de la vida o consumación?.....	465
El ocultamiento de la muerte o su acicalamiento en la cultura actual	467

Hay muertes y muertes. ¿Siempre un fracaso?	475
La muerte, ¿fracaso o finitud y limitación?	480
¿Es la muerte el final? ¿Habrá justicia total?	486
La respuesta de las religiones al problema de la muerte	494
La resurrección de los muertos y el triunfo sobre la muerte.....	501
Epílogo	515
Bibliografía	523
Índice analítico.....	533
Índice de autores	545

Introducción

La historia de la humanidad es la historia de una búsqueda: la búsqueda de la propia humanidad. Es sorprendente, pero así es: la humanidad es el sujeto y el objeto de esta búsqueda. Movida por el deseo y la curiosidad, guiada por la razón y la inteligencia y, a veces, llevada por la fantasía y la imaginación, la humanidad ha buscado y sigue buscando a la humanidad.

Porque el ser humano es un ser esencialmente curioso, ansioso de saber. Está siempre curioso y ansioso por descifrar lo que hay detrás del tiempo, hacia atrás y hacia delante, qué aconteció en el pasado y qué sucederá en el futuro. Curioso y ansioso por descifrar lo que hay detrás del espacio, hacia todos los puntos cardinales, pero sobre todo lo que hay más arriba del firmamento y lo que hay más abajo, allá en el fondo de la tierra. Misterios, puros misterios nos envuelven.

La fantasía, la imaginación y la curiosidad no han dado sosiego a la humanidad. Sobre todo, cuando esta ha tenido que enfrentarse a lo invisible, a lo que hay detrás de esta materia pensante y detrás de la muerte. Invisible es el sí mismo, el fondo de la persona, el sentido, la vida, el espíritu, la vida más allá de la vida...

Para los seres humanos, es una prioridad resolver los problemas prácticos; por ejemplo, la alimentación, porque quien no come se muere. Y, así, la humanidad ha progresado en la producción de alimentos y en la elaboración de los mismos, aunque no ha progresado tanto en un reparto justo y equitativo. También le ha preocupado el vestido y la vivienda, para afrontar las inclemencias del tiempo y hasta para el cultivo del sentido estético, pero de nuevo la humanidad no ha sabido, no ha podido o no ha querido repartir vestido y vivienda justa y equitativamente. Y la humanidad ha debido procurarse salud, educación, ocio y descanso. Siempre con los mismos resultados: progreso en la producción y deficiencias en la distribución.

Especialmente en los últimos siglos, el desarrollo de las ciencias ha sido enorme, como enorme ha sido también el progreso en diversos aspectos de la vida humana. Este ha tenido su cara más luminosa y alegre en el alivio de muchos males y, para muchas personas, en la liberación de un trabajo esclavizante. Pero también ha tenido su cara más oscura y lúgubre: los millones de víctimas arrumbadas en las cunetas del progreso.

Sorprende no poco la desproporción entre el creciente conocimiento de la naturaleza y el lento conocerse del ser humano a sí mismo. El ser humano continúa siendo un enigma para sí mismo.

Todas las ciencias vienen luchando denodadamente para resolver, despejar, descifrar esa incógnita, ese enigma, ese misterio que es el ser humano. Las ciencias luchan por conocer cada vez mejor la compleja constitución de esa masa de carne, huesos, tendones, sustancias varias... que componen el cuerpo humano y sustentan la vida psíquica. Las ciencias del espíritu luchan por desentrañar el misterio de la vida psíquica: la memoria y la inteligencia, la voluntad y el deseo, las sensaciones y las pasiones... y eso que llamamos alma, espíritu, libertad, pecado, culpa... ¡Amplio mapa de búsqueda tiene aún ante sí el ser humano! ¡Compleja es la elaboración del GPS que necesita el ser humano para orientarse en el camino de la vida! Quizá porque no sabe con claridad dónde quiere llegar, cuál es su meta.

Todas las artes se han dado cita también para descifrar el misterio o el enigma del ser humano. Los pintores han querido reflejar en el cuerpo, y sobre todo en el rostro, todas las dimensiones de la vida humana. Los escultores llevaron la representación del ser humano hasta una perfección increíble, pero han sido incapaces de desvelar su misterio último. Los arquitectos han derrochado ingenio e imaginación para concebir y construir el hábitat ideal del ser humano, pero no han podido sondear la casa interior.

La literatura ha querido romper la frialdad de la lógica y ha acudido a la narrativa para soltar el chorro de vida que recorre la historia humana. Especialmente, la poesía ha intentado saltar la barrera de la lógica y ha recurrido al símbolo, a la imagen, a la metáfora... para desentrañar lo más recóndito del misterio humano. Y así, en esta misma empresa han estado comprometidos el cine, el teatro, los modernos medios de comunicación...

La historia de la humanidad es una historia de búsqueda de la propia humanidad, de la humanidad que busca y de la propia humanidad que es buscada o que se busca a sí misma. Pero el ser humano sigue siendo un enigma y un misterio para el propio ser humano.

Llama la atención la desproporción entre el enorme progreso que la humanidad ha realizado en el conocimiento de la naturaleza y el más modesto progreso que ha realizado en el conocimiento de sí misma.

Las religiones no han sido ajenas a esta empresa. No han ido a la zaga en esta búsqueda de la identidad humana. Es cierto que las religiones andan hoy en horas bajas, tras el proceso violento de secularización que ha tenido lugar especialmente en las sociedades ilustradas y desarrolladas económicaamente, si bien la posmodernidad está dando a luz un cierto retorno de lo sagrado o un cierto retorno a lo sagrado. En todo caso, nadie podrá negar con justicia el enorme esfuerzo que han hecho todas las tradiciones religiosas para despejar la incógnita del hombre, para descifrar el enigma o el misterio del ser humano.

Quizá fue la muerte la que situó al hombre en el corazón de la pregunta y la inquietud religiosa. Porque la muerte es un misterio inmenso. No solo desafía nuestra curiosidad por saber sobre el más allá; también despierta y alimenta nuestro deseo de vivir perpetuamente. Por eso, las religiones se han preocupado con celo por las preguntas últimas. ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Cuál es nuestro destino? ¿Qué nos cabe esperar más allá de la muerte?

Pero también las religiones se han preguntado responsablemente por el más acá, por el sentido de la vida humana. Porque también la vida es un misterio inmenso. Y las religiones se han negado a reducir la vida a los límites de la inmanencia, a ese estrecho período de tiempo que discurre entre un parto doloroso y una muerte dramática. Entramos en el mundo llorando y lo abandonamos entre estertores. ¿Es que la vida no es más que eso, una suma de drama y sufrimiento? ¿No hay “horizontes de trascendencia”? ¿No hay ventanas para la esperanza? Las religiones también se han ocupado de estas preguntas. Y, así, han luchado desde siempre por conocer el ser humano, su vocación y su destino, el sentido de su vida y el significado de su muerte. Entre las religiones, el cristianismo.

¿Qué dice el cristianismo sobre el ser humano? ¡Estamos tan acostumbrados a asociar las religiones con los dioses que con frecuencia olvidamos que también las religiones son asunto de los humanos, que han de relacionarse con los hombres y las mujeres! El cristianismo también es un intento de responder a las preguntas más trascendentales del ser humano. ¿Cuál es el sentido y el destino de la vida humana? ¿De dónde surge el mal? ¿Por qué tanto sufrimiento? En el cristianismo las respuestas a estas preguntas están dadas, sobre todo, en la persona, en la vida y en la muerte de Jesús de Nazaret.

Sí, también estamos demasiado acostumbrados a pensar que Jesús es la revelación del rostro de Dios, del misterio de Dios, del plan salvífico de Dios para la humanidad. Y olvidamos una verdad obvia y elemental de la religión cristiana: en Jesús se ha revelado también el rostro del ser humano, el misterio del ser humano, el camino de su plena humanización. El misterio de la encarnación que proclama el credo cristiano es, sobre todo, el misterio de la humanización de Dios. Y así, en la persona de Jesús se nos ha revelado qué es el ser humano y en qué consiste vivir y actuar humanamente.

En este sentido, debajo del credo cristiano hay un verdadero credo humano. Para profesar este credo humano no hace falta profesar la fe religiosa o la fe teologal de los cristianos. Basta ir descubriendo, a veces a través de la propia experiencia, la verdad de ese ser humano y de ese actuar humano que ha tenido lugar en Jesús de Nazaret y que se ha explicitado a lo largo de la historia cristiana. La teología cristiana es discurso sobre Dios, pero es al mismo tiempo discurso sobre la creación entera y, en concreto, discurso sobre el ser humano. La teología cristiana contiene en su seno una antropología.

Los evangelios cristianos también contienen en su seno una antropología. No son meros discursos sobre milagros y acontecimientos espectaculares. Repárese bien. En su mayor parte son relatos, narraciones que hablan de dimensiones muy concretas de la vida humana: la vida, el amor, la convivencia, el perdón, la reconciliación, la muerte... Las parábolas son narraciones de las escenas más normales y corrientes de la vida de las personas: el hombre que siembra, la mujer que barre la casa, la cizaña que crece sola, la levadura y el grano de mostaza, el tesoro y la perla encontrados, la oveja perdida, los trabajadores contratados, el hijo que se va de la casa, el banquete de bodas, un siervo sin entrañas, un samaritano misericordioso, etc. ¿No son todas estas escenas humanas, profundamente humanas?

Los milagros se refieren, por lo general, a reparaciones constantes de una vida humana amenazada: curación de leprosos, de enfermos que sufren mucho, de paralíticos y posesos, de ciegos, sordos y mudos, del cuidado de los hambrientos, de la resurrección de los muertos, del miedo a la tempestad... El propósito último de los milagros no es divertir a personas curiosas, sino aliviar a personas amenazadas por la enfermedad, el sufrimiento, la discapacidad, el peligro...

Y los dichos y hechos de Jesús no cesan de hablarnos del amor y la felicidad, del mal y del sufrimiento, de la muerte y el más allá, del verdadero sentido de la vida, del perdón y la reconciliación, de lo que es la verdadera libertad, de la amistad y de los banquetes, del peligro de las riquezas

y del poder, de la verdad y la hipocresía, de la fe y del miedo, y de un juicio definitivo sobre la vida. ¿No es esto pura antropología? Pero, sobre todo, es la vida de Jesús, su porte, sus gestos, sus valores... lo que revela su humanidad.

Para interesarse por todos estos aspectos de la vida humana revelados en la historia de Jesús no hace falta ser creyentes cristianos. Basta ser humanos, tener sensibilidad humana, tener un mínimo de interés por el ser humano. Sí. Debajo de los evangelios hay una verdadera antropología, que se ofrece a cristianos y no cristianos, a creyentes y no creyentes. Se trata de una antropología que puede ser desconfesionalizada o que puede ser leída, interpretada y aprovechada sin necesidad de profesar la fe en Jesús como el Hijo de Dios. Esto es lo que pretendemos ofrecer en este libro. ¿Qué nos dice la persona de Jesús sobre el ser humano, su vocación y su misión? ¿Qué antropología hay debajo de los evangelios? ¿Qué nos dice el credo cristiano sobre la naturaleza del ser humano?

No sabemos exactamente qué quiso decir Pilatos al presentar a Jesús con la conocida expresión “*ecce homo*” (“he aquí al hombre”). Pudo significar desprecio: “He aquí esta piltrafa de hombre”. Pero pudo también significar una especie de alabanza, un canto a la humanidad que resplandecía bajo aquella víctima torturada: he aquí la verdadera humanidad. En todo caso, hoy la comunidad cristiana se atreve a traducir así el *ecce homo*: esta es la genuina revelación de la humanidad.

A pesar de los millones de años que tiene a sus espaldas, la humanidad aún mantiene serias preguntas pendientes de una respuesta satisfactoria. A pesar del desarrollo de las ciencias y de la técnica, el ser humano sigue siendo un enigma y un misterio para sí mismo. Sigue preguntándose por valores tan centrales y decisivos en su vida como son el sentido, la verdad, la libertad, la felicidad y el sufrimiento, el éxito y el fracaso, la vida y la muerte. Pero algunas personas siguen instaladas en la indiferencia: no se hacen tales preguntas o porque creen tener ya la respuesta o simplemente porque no les interesa la respuesta o temen complicarse la vida con tantos interrogantes. Con quienes se preguntan es importante hacer causa común para buscar las respuestas adecuadas. A quienes están instalados en la indiferencia, quizás es necesario inducirles a hacerse estas preguntas y a buscar respuestas.

Estos serán los temas centrales que vamos a abordar en esta obra.

El problema del *sentido* de la vida se está convirtiendo en problema primero en esta sociedad del bienestar, abundante en placer y bienestar y escasa en sentido. Aquí nos guiará el iluminador pensamiento de Viktor Frankl. Sus planteamientos ayudan a comprender el porqué de tantos sui-

cidios y de tantos homicidios, precisamente entre personas que tienen todas las condiciones, al menos materiales, para ser felices. (El mundo sigue conmocionado por los acontecimientos de Noruega en los que fueron asesinadas con una frialdad inaudita un centenar de personas, la mayoría jóvenes en la flor de la vida.) Los evangelios, la vida y el mensaje de Jesús nos invitan y ayudan a buscar el sentido de la vida por otros caminos, que no son precisamente el placer y el confort.

“*Verdad*” es hoy una palabra aborrecida por muchas personas. No es políticamente correcto pronunciarla. Ciertamente, la historia ha dado motivos para que se la aborrezca o, al menos, para que nos mantengamos alerta frente al ideal de la verdad. ¡Se han cometido tantos crímenes en su nombre! Especialmente en nombre de la verdad religiosa, en nombre de los dogmas de todo tipo. Y, sin embargo, fuera de la verdad la vida no tiene sentido y la convivencia humana es imposible. Vivir humanamente es vivir en la verdad. Solo quien vive en la verdad tiene autoridad moral. La verdad es un valor irrenunciable en la vida de Jesús. Nunca acudió a ella para cometer ningún crimen. La verdad es un valor irrenunciable en la vida de cualquier persona y de cualquier sociedad.

La *libertad*: ningún ideal es tan querido e idolatrado en el mundo moderno y posmoderno como la libertad. Pero de pocos valores humanos se ha abusado tanto como de éste. A veces se ha abusado de la libertad propia para esclavizar a otras personas. La libertad, si no se reparte debidamente, exige esclavos. Otras veces se ha abusado de ella en extremo, hasta convertirla en una amenaza para quien la reclama y la disfruta irresponsablemente. La libertad auténtica requiere mucha disciplina, mucho control, mucha responsabilidad. Por eso, cada vez se clama con más fuerza: ¡Primero responsabilidad, luego libertad! Sin aquella, esta es una amenaza y un peligro o simplemente es falsa libertad. Jesús es el hombre libre. Los evangelios son una lección sobre la auténtica naturaleza de la libertad.

La *felicidad* es un derecho humano de todas las personas. Es un ideal irrenunciable de la vida humana. Es el gran objetivo que perseguimos una y otra vez en todas nuestras búsquedas, en todas nuestras decisiones, en todos nuestros movimientos. Pero no es fácil saber en qué consiste la felicidad. Ni es fácil saber por qué caminos podemos hacernos con ella de forma definitiva. De hecho, son muchas las veces que nos equivocamos al buscarla. Cuando nos parecía que habíamos dado con ella, desapareció de nuestra vida como por encanto. Aún más, cuando la buscamos como el objetivo terminal, casi siempre fracasamos en el intento. Por eso, nos dicen algunos expertos que la felicidad solo es consecuencia de otros valores primeros en la vida humana. En esto Jesús es un verdadero modelo: su fe-

lidad estuvo siempre asociada a la entrega de la vida. La propia felicidad fue como la consecuencia de andar siempre buscando la felicidad de los demás.

Y es que la felicidad tiene un enemigo indomable: el **mal y sufrimiento**. Este es el gran enemigo de la felicidad, sobre todo en esta sociedad del bienestar. Esta sociedad no sabe qué hacer con el sufrimiento, no sabe cómo gestionar esa dimensión negativa de la vida que es la finitud, el sufrimiento físico y moral, la enfermedad, la muerte... Y cuando no se sabe qué hacer con el sufrimiento, tampoco se sabe qué hacer con la vida, o con una parte ineludible de la vida. En ese caso, la felicidad está siempre en peligro. El compromiso primero de la humanidad es la lucha a muerte contra toda clase de mal y de sufrimiento. Pero un desafío irrenunciable para la humanidad es cómo gestionar ese cúmulo de mal y de sufrimiento que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, sigue presente en nuestra historia. El sufrimiento no faltó en la historia de Jesús. Su vida y su muerte son una lección de cómo se ha de luchar contra el mal y el sufrimiento, y de cómo se han de gestionar el mal y el sufrimiento ineludibles.

La experiencia nos dice que la felicidad humana está asociada esencialmente a la comunión y la comunicación. La **comunidad** es el espacio necesario para acercarse a la felicidad. La felicidad depende básicamente de la calidad de nuestra convivencia. Ninguna satisfacción es tan grande como la proporcionada por el amor y la comunión entre las personas. Ningún sufrimiento moral es tan destructivo como la ruptura de esa comunión, porque la muerte nos arrebata a los nuestros o porque en la propia comunidad se ha roto la comunión. Quizá esté aquí la lección más definitiva de la vida de Jesús: su vida fue una lucha permanente contra todo sistema social y religioso de exclusión, y a favor de una cultura y una práctica de la inclusión. Su opción fue, básicamente, por el amor. Y a este amor lo cargó de realismo, para que nadie se llame a engaño sobre lo que significa amar y ser amado. Los evangelios son una invitación a crear comunión y comunidad entre los seres humanos. Esa es la vocación humana.

En esta misma dirección colocan los evangelios el *éxito* de la vida humana. Éxito y fracaso son términos mágicos para las personas. Nada buscamos con tanto ahínco como el éxito en nuestra vida. Pero con frecuencia nos sucede con el éxito como nos sucede con la felicidad: no sabemos exactamente dónde está, en qué consiste y por dónde hay que buscarlo. Y nada tememos tanto como el fracaso en nuestra vida. Pero sucede que a veces consideramos fracaso definitivo lo que solo es un fracaso puntual y a veces intrascendente. No es lo mismo fracasar en la programación de unas vacaciones queerrar la profesión y la vocación a lo largo de la vida.

Para los evangelios, el éxito de la propia vida, la plena realización de la misma, está, paradójicamente, en la entrega de la propia vida a los demás. En este sentido, la historia de Jesús es una historia absolutamente ejemplar y emblemática.

Por eso, es preciso considerar la **muerte** desde esta perspectiva. La muerte que, en principio, es considerada por muchas personas como el fracaso más rotundo de la vida, puede ser también el momento de la consumación de la vida, la conclusión de una vida exitosa, el ejercicio supremo de la entrega de la propia vida. La muerte se convierte así en el momento supremo de la vida de las personas, en el ejercicio supremo de la libertad personal. Sin restar en nada dramatismo a la muerte, que la hace objeto de miedo y angustia, el momento de la muerte puede ser también la fijación definitiva de una vida exitosa en la entrega y en la comunión. Esto trocaría el miedo y la angustia ante la muerte en una experiencia de confianza y serena libertad. La muerte es con frecuencia el momento más lúcido para evaluar los éxitos y fracasos de la vida, el éxito y el fracaso de la misma vida. La muerte de Jesús es una muerte dramática y afrentosa. Pero él se adelantó a buscarle sentido. No le encontró ni le dio otro sentido que la entrega total de la vida, en fidelidad y amor, por la causa de los demás.

El credo cristiano tiene una respuesta al problema de la muerte: la resurrección de Jesús y la promesa de la resurrección de los muertos. Naturalmente, esta respuesta es solo objeto de fe –es esencialmente confesional–; no es resultado de ninguna prueba científica. No es que los cristianos sepan más sobre el mundo futuro; simplemente, creen y confían. En este sentido, la fe en la resurrección no tiene vigencia para quienes no profesan la fe cristiana. Pero la resurrección tiene un enorme valor simbólico incluso para personas que no comparten la fe cristiana. Es una forma de afirmar que esta historia humana no puede terminar en el fracaso, es decir, no puede terminar con el triunfo del mal, de la injusticia, del sufrimiento. La esperanza humana se niega a aceptar este fracaso último de la naturaleza, de la humanidad, de la historia... Especialmente, se niega a aceptar que las enormes injusticias y las infinitas víctimas que han tenido lugar en la historia humana no encuentren un día su oportuna respuesta, que no se llegue a implantar la justicia universal. Por eso, aun sin compartir la fe cristiana, algunos autores piden auxilio a la teología para mantener viva la esperanza de una justicia universal al final de la historia.

Estos son algunos de los temas centrales que irán apareciendo a lo largo de nuestra reflexión sobre el ser humano revelado en la historia de Jesús, sobre la antropología subyacente en los evangelios cristianos. No preten-

demos presentar esta antropología cristiana como alternativa a las antropologías de otras tradiciones religiosas y de otras tradiciones culturales. Más bien, se trata de contribuir, como lo hacen otras tradiciones religiosas y culturales, a despejar el enigma y el misterio del ser humano, de su vocación y su misión. Se trata de incorporarse a ese diálogo entre todas las antropologías, de forma que tenga lugar una especie de macroecumenismo capaz de unir todas las luces y todos los esfuerzos de la humanidad. Se lo decía a su tío con toda candidez Pacífico Pérez, el personaje de Miguel Delibes, harto de escuchar historias de guerras a su padre, a su abuelo y a su bisabuelo: “¿Es que no se puede vivir sin competir? ¿No podemos ir todos juntos a alguna parte?”.

1

El ser humano: enigma y fatiga

¿Se conoce el ser humano a sí mismo? ¿Se conoce cada vez mejor? La respuesta afirmativa parece obvia y evidente. El desarrollo de las ciencias ha sido notable en la edad moderna y ha permitido un mejor conocimiento del ser humano. La antropología, la psicología, la sociología... nos han permitido conocer mejor aspectos esenciales del ser humano. El desarrollo de la tecnología ha facilitado notables progresos en las ciencias y ha facilitado un mejor conocimiento del ser humano. Basta mencionar cómo las nuevas tecnologías han contribuido al progreso en los distintos campos de la medicina. La historia sigue acumulando experiencia y sabiduría, lo que debería revertir en un mejor conocimiento de la humanidad.

Sin embargo, no todo son progresos y evoluciones en el conocimiento del ser humano. Hay también retrocesos e involuciones. El siglo XX, con sus guerras mundiales, sus holocaustos y genocidios, ha dejado pendientes muchos interrogantes sobre la condición humana. Ha dejado abiertas muchas preguntas sobre ese enigma o ese misterio que es el ser humano. La historia es una caja de sorpresas, y el futuro, un enorme interrogante: “Los hombres vamos por la vida a trompicones, de aquí para allá... Solemos envejecer y morir sin comprender bien lo que pasa”¹. La historia no solo acumula sabiduría; también acumula insensatez. No es extraño que se llegue a sacar conclusiones como la que saca Edward Schillebeeckx: “En realidad, de nuestra dilatada historia humana no podemos deducir qué puede significar últimamente el ser humano...”². Por lo demás,

¹ A. PÉREZ REVERTE, *La carta esférica*, Alfaguara, Madrid 2000, p. 409.

² E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos. Gracia y liberación*, Cristiandad, Madrid 1982, p. 776.

“el ser hombre es un proceso histórico y evolutivo”³. Por tanto, solo al final se sabrá de forma definitiva qué es el ser humano, en qué consiste verdaderamente ser humano y actuar humanamente.

Parece, pues, que la respuesta sobre el sentido de la vida y el destino del ser humano no es tan obvia como normalmente creemos. Ni tenemos tan claro qué es el ser humano, cuál es la condición humana, en qué consiste ser humano, vivir y actuar humanamente. ¡Ha habido y sigue habiendo interpretaciones tan variadas y tan contrapuestas del ser humano a lo largo de la historia y a lo ancho de las culturas!⁴ ¡Hay formas tan distintas de entender la vida humana y de concebir y buscar la felicidad! ¡Hay tantas interpretaciones sobre lo que significa ser libres! ¡Y tan diversos caminos para procurar la realización personal, la libertad, la felicidad...!

El Concilio Vaticano II señaló acertadamente las preguntas fundamentales sobre el ser humano: “Ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?”⁵. Estas preguntas, quizá por ser tan fundamentales, siguen siempre vigentes y pendientes de nuevas respuestas.

Vale, pues, la pena seguir ahondando en ese enigma que es el ser humano, que somos nosotros mismos. Es un asunto profundamente vital, que nos atañe a todos: “El hombre es ese ser en perpetua búsqueda de su humanidad y del secreto que ella encubre. Cuestión que no tiene nada de académica. Es existencial: cercana a las cuestiones de nuestro destino. Pues presentimos que el hecho de inclinarnos sobre el brocal de nuestro propio pozo acaso nos conduzca al sentido de nuestra vida. Que no tenga que decir un día: ‘¿He pasado de largo?’”⁶.

Si cabe, la cuestión sobre el ser humano se ha vuelto hoy especialmente urgente, porque el desarrollo científico y tecnológico ha puesto en nuestras manos tales posibilidades que nuestro futuro se ha llenado de pro-

³ E. SCHILLEBEECKX, *Los hombres, relato de Dios*, Sigueme, Salamanca 1994, p. 14.

⁴ Cf. J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Las nuevas antropologías. Un reto a la teología*, Sal Terrae, Santander 1983.

⁵ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 10.

⁶ A. GESCHÉ, *Dios para pensar*, I: *El mal y el hombre*, Sigueme, Salamanca 1995, p. 193.

mesas y de riesgos. Nos movemos entre unas posibilidades enormes de humanización y unos riesgos dramáticos de deshumanización. El progreso nos ha ofrecido muchas posibilidades, pero también nos ha dejado muchos desengaños e infortunios. Por eso es tan importante seguir pendientes de esas preguntas fundamentales sobre la condición humana.

La ciencia y la técnica han permitido *hominizar* el mundo, es decir, poner el mundo a disposición de la humanidad. Ahora es la conciencia ética la que está llamada a *humanizarlo*, a hacer de él un mundo humano: “La pregunta sobre lo que es el hombre y lo que es lo humano es esencial en el mundo moderno, porque la inhumanidad no encuentra ya barreras naturales. Desde la época de la Ilustración, el problema capital es la humanización del mundo hominizado, la humanización de los hombres convertidos en dueños de la tierra”⁷. Humanidad y humanización son aquí criterios de progreso moral.

Parece mentira, pero es una verdad desafiante. A pesar de los siglos que la humanidad tiene a sus espaldas, todavía no ha sido capaz de contestar satisfactoriamente a esta pregunta: “¿Qué es el hombre?”. Quizá nos fiamos demasiado del sentido común, de la lógica, y por eso hay muchos aspectos del enigma humano que se nos escapan. Por eso, un autor se llegó a peguntarse: “Si el mundo se rigiese por el sentido común, ¿habría nacido la historia?, ¿existiría?”⁸.

¡Problema de lenguaje y más!

Aquí se asoma ya el problema del lenguaje, pero es más que un simple problema de lenguaje. Es un problema de conocimiento y de comportamiento. ¿Por qué la pregunta espontánea se refiere al hombre?: “¿qué es el hombre?”. ¿Por qué no preguntar qué es la mujer? ¿Es que no interesa? La respuesta es recurrente desde hace mucho tiempo. Para la mayoría de las personas, esta respuesta suele ser del siguiente tono: “Cuando se dice ‘hombre’ se quiere decir ‘hombre y mujer’”. Ciento, pero hoy esta respuesta no satisface del todo, especialmente a muchas mujeres. Es demasiado simple y pretende ser demasiado inocente. Ellas, pese a la explicación, se sienten excluidas. El término “hombre” tiene demasiadas connotaciones masculinas y casi siempre se traduce por “varón”.

⁷ J. MOLTMANN, *El camino de Jesucristo. Cristología en dimensiones mesiánicas*, Sígueme, Salamanca 2000, p. 91.

⁸ R. KAPUSCINSKI, *Viajes con Herodoto*, Anagrama, Barcelona 2006, p. 109.

Y no es un asunto solo de lenguaje. Es también de conocimiento y de praxis. Porque el lenguaje no es tan inocente como parece. Es como el espejo de nuestras ideas, de nuestros sentimientos, de nuestros hábitos de conducta, sobre todo de nuestro subconsciente. Por eso, paradójicamente, nuestras equivocaciones en el discurso suelen decir mucho de nosotros mismos. Si preguntamos por el hombre cuando queremos preguntar por el ser humano, igual es porque nuestra concepción de la realidad es preferentemente masculina, y porque nuestro modelo de actuación para los seres humanos es un modelo masculino. Por consiguiente, no es solo cuestión de arreglar el lenguaje; es cuestión de arreglar las ideas y, sobre todo, las prácticas.

Los esfuerzos por resolver esta cuestión de hombres y mujeres en el lenguaje son hoy enormes en todas las lenguas. Algunas lo tienen más fácil, como el inglés. El español tiene más marcado el masculino y el femenino, comenzando por los artículos. Por eso le es más complicado eso que ahora se llama el lenguaje inclusivo. Hay que hacer unos esfuerzos enormes, dar unos rodeos cansinos, inventar trucos sofisticados y a veces inútiles... para luchar contra las limitaciones del idioma. Hay que hablar de “hombre y mujer”, pero no sabemos cuál se ha de poner primero para que el otro o la otra no se ofendan. Hay que acudir a expresiones como el “ser humano”, pero ya son dos palabras y ocupan más tiempo y más espacio. Además las dos suenan a masculino –la segunda mucho más que la primera– y no convencen a muchas mujeres.

A veces se habla simplemente de “persona”, pero esta palabra parece de menor calado, y, si se repite muchas veces, termina por gastarse y no significar nada. Además no se sabe bien cómo interpretarla: depende si la usa un filósofo, un psicólogo, un dramaturgo... Ya se habrá dado cuenta el lector o la lectora: casi todos los nombres van en masculino, quizá porque ese es mi género y, por consiguiente, mi experiencia de la vida, de las cosas, de la humanidad.

Así que, al preguntarnos por la condición humana, por la naturaleza del ser humano, nos encontramos de entrada con el problema del lenguaje, que no es un problema menor. A la mayoría de las personas nos resulta muy difícil aprender lenguas extranjeras y, sobre todo, pronunciarlas. A la mayoría de las personas, sin embargo, les parece que dominan su lengua materna perfectamente y que es muy fácil nombrar a los seres, las cosas, las situaciones... Pero no, se engañan, nos engañamos fácilmente. ¡Qué difícil es nombrar bien! ¡Es tan difícil como conocer bien! ¡Es tan difícil como relacionarse bien!

Según la Biblia, Dios lo advirtió ya en el momento de la creación, cuando puso a Adán la tarea de nombrar a las criaturas “Y Yahveh Dios

formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser vivo tuviese el nombre que el hombre le diera” (Gn 2,19). Pero, como sucede con frecuencia, la humanidad no se ha tomado muy en serio esta advertencia. Hasta que un sector creciente de mujeres se han decidido a romper inercias y nos han obligado a renovar y rehacer nuestro lenguaje, nuestras palabras, nuestras expresiones..., para no hacer de menos a nadie; en este caso, a la mitad de la humanidad que son las mujeres. Es una tarea ardua y difícil, pero merece gratitud quien nos obliga a realizarla, porque nos obliga a renovar nuestra concepción de la realidad y, sobre todo, nuestra forma de relacionarnos como seres humanos.

No debemos extrañarnos de que sea tan difícil usar bien las palabras y, sobre todo, corregir nuestro lenguaje de buenas a primeras. Porque solo cambiamos verdaderamente de lenguaje cuando cambiamos nuestra forma de ver a las personas o las cosas, nuestra forma de sentirlas, de relacionarnos con ellas, de tratarlas... Sí, el lenguaje es como un espejo. En él se reflejan de forma espontánea e inconsciente todas las virtudes y los vicios de nuestra vida, todas las luces y las sombras de nuestra mente, toda la ternura y la dureza de nuestro corazón, todo el amor y el odio o incluso la indiferencia que las personas o las cosas suscitan en nosotros.

Podemos intentar disimular los vicios, las sombras, la dureza, la indiferencia... pero solo lo conseguiremos por poco tiempo. Pronto nos traicionará el subconsciente –e incluso el consciente– y volveremos a los vicios del lenguaje anterior. Pediremos perdón y lo llamaremos en latín *lapsus linguae* (resbalón de la lengua), pero en realidad es un resbalón de la mente y del corazón. Si nuestra mirada es exclusiva, nuestro lenguaje no puede permanecer inclusivo por mucho tiempo.

Es tan severo este problema del lenguaje que resulta osado ponerse a redactar un libro sobre el ser humano, hombres y mujeres, mujeres y hombres. Porque no voy a escribir sobre átomos, protones o neutrones... o sobre una especie botánica cualquiera... sino sobre “el hombre”, “sobre la humanidad”, “sobre el ser humano”, “sobre la persona humana”... Y en este asunto el problema del lenguaje inclusivo sí que es grave y difícil de resolver.

Lógicamente, en esta empresa no seré capaz de librarme de mi experiencia masculina. Tampoco es del todo necesario ni siquiera conveniente. Por consiguiente, no seré capaz de librarme de un lenguaje predominantemente masculino. Podría dar rodeos y multiplicar los circunloquios (él y ella o ella y él, hombre y mujer o mujer y hombre, los/las o las/los), pero esto haría el texto interminable o mucho más largo y pesado. Podría acudir a las tretas del ordenador, como el recurso a la arroba (@), para meter allá a

unos y a otras. Es un recurso legítimo, pero deja a muchas personas desorientadas y, a veces, hace difícil y penosa la lectura.

Quizá lo más honesto sea asumir conscientemente las inevitables limitaciones lingüísticas y pedir perdón desde el principio a las personas que se sientan molestas e incluso heridas por un lenguaje excesivamente masculino, valga decir, no inclusivo. Y mantener el propósito firme de intentar un lenguaje lo más inclusivo o incluyente posible. Aquí viene bien el sabio comentario que Sancho hace a Don Quijote: “No me enmiente los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir con ellos”⁹.

Mi propósito es reflexionar, meditar sobre la humanidad, sobre el ser humano, por si sirve a alguna mujer o a algún hombre para conocer mejor su condición humana y, sobre todo, para actuar más humanamente. Y me he propuesto hacerlo mirando, sobre todo, a la figura histórica de Jesús de Nazaret.

Estoy convencido de que, incluso al margen de la presentación que de él hace el dogma cristiano, Jesús es uno de esos personajes de la historia en los que la humanidad ha dado un salto cualitativo hacia niveles más elevados de humanidad. En este sentido, este personaje es la afirmación de la “talla máxima que los hombres podemos dar de nosotros mismos”¹⁰. Esto se ha afirmado también de otros personajes como Buda, Confucio, Sócrates... Esta equiparación puede resultar insuficiente para los creyentes, si se tiene en cuenta su identidad personal y su significación histórica, tal como lo confiesa la fe cristiana. Pero no resta valor e importancia a la significación del Jesús histórico para creyentes y no creyentes.

Un enigma que se nos resiste

Parece mentira, pero es cierto. La humanidad lleva millones de años conviviendo consigo misma. Debería ya conocerse a sí misma suficientemente. Y, sin embargo, después de tan largo tiempo, sigue aún atascada en los mismos problemas fundamentales y pendiente de ese enigma que es el ser humano¹¹.

A veces sucede que somos un enigma para nosotros mismos porque pretendemos no saber o simplemente porque no estamos dispuestos a po-

⁹ M. DE CERVANTES, *El Quijote*, Aguilar, Madrid 1951, p. 1007.

¹⁰ O. GONZÁLEZ DE CARCEDAL, *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1997, p. 348.

¹¹ Cf. A. GESCHÉ, *Dios para pensar*, I, pp. 193-207.

ner en práctica lo que ya sabemos. Pitia, la portavoz del dios Apolo en Delfos, dice a Jenofonte que ha ido a consultar: “No trates de engañar a Dios con tus mortales labios. Busca en lo más profundo de ti y no hagas preguntas cuyas respuestas conoces ya, no busques un consejo que no te propone seguir. Aunque se aceptó tu sacrificio, Apolo ha rechazado tu pregunta y se niega a contestar. Pregunta solo lo que es importante para ti”¹². Honestidad, se requiere mucha honestidad para trabajar este enigma del ser humano.

La anécdota que más se ha repetido en relación con este enigma es probablemente la de “la linterna de Diógenes”. Se trata de Diógenes de Sínope –distinto de Diógenes Laercio–, un filósofo de la escuela de los cínicos, que vivió entre los siglos V y IV antes de Cristo. Era un poco raro, ciertamente: vivía en un tonel, exageró en la renuncia a todas las cosas materiales y no era muy afecto a los seres humanos. Se cuenta que anduvo un día entero recorriendo todas las calles y plazas de Atenas con una lámpara encendida a plena luz del día. Decía buscar a un hombre y no lo halló. Entraba también en las casas de los sabios con su linterna, se paseaba por las habitaciones con su lámpara buscando por todos los rincones, por los patios, los corredores... y nada. “Pero ¿qué buscas?”, le decían. Contestaba siempre lo mismo: “Busco un hombre”. “Pero si las calles están llenas de hombres, las plazas públicas están llenas de hombres”, le insistían. Y él replicaba: “No, busco un hombre de verdad, uno que viva por sí mismo. Esos no son hombres. Son bestias. ¡Comen, duermen y viven como las bestias!”.

Con esas ideas es normal que no encontrara un hombre. ¿Por qué al ser humano le va a estar prohibido comer y dormir? En lo de buscar un hombre que viva por sí mismo estaba más acertado, pues no somos tan autónomos e independientes como creemos ser. La visión que tenía Diógenes del ser humano ordinario era demasiado pesimista y negativa. Pre-sagiaba una antropología dualista. Pero la anécdota no carece de sentido: aún hoy, a pleno día necesitamos una buena linterna para dar con nuestra identidad, para saber quiénes somos y qué estamos llamados a ser, para encontrar un hombre o una mujer que viva por sí mismo y no pendiente de la voz del rebaño, como dirían Friedrich Nietzsche o Miguel de Unamuno. Pero parece que a la linterna de Diógenes y a la nuestra se le han gastado las pilas.

Inaugurado ya el siglo XXI de la era cristiana, el enigma del ser humano se nos sigue resistiendo. Seguimos preguntándonos: “Pero ¿qué es el

¹² M. CURTIS FORD, *La odisea de los diez mil*, Grijalbo, Barcelona 2003, p. 90.

hombre?”, “¿en qué consiste la humanidad?”, “¿qué es el ser humano?”, “¿qué significa actuar humanamente?” No hace falta salir a la calle con la linterna; basta mirar para dentro de uno mismo. Cada persona lleva desde su nacimiento viviendo consigo misma. Y, sin embargo, aún los más avanzados en años normalmente se siguen preguntando: “Pero ¿qué significa ser hombre o ser mujer?”, “¿quién soy yo?”, “¿cuál es mi destino final?”.

San Agustín reconoce que él mismo es un enigma para sí mismo: “Ciertamente, Señor, trabajo en ello y trabajo en mí mismo, y me he hecho a mí mismo tierra de dificultad y de excesivo sudor”¹³. Y se dirige a Dios con esta oración: “Tú, en cuyos ojos estoy hecho un enigma y esa es mi enfermedad”¹⁴.

A veces, el enigma se plantea con preguntas más a ras de tierra, pero no menos importantes: “¿Dónde está la felicidad?”, “¿Somos libres o no somos libres?”, “¿Cuál es el sentido de la vida humana?”, “¿Qué sentido tiene todo esto?”, “¿Vale la pena luchar o está escrito fatalmente nuestro destino?”, “¿Por qué hay que morir sin remedio, y, en algunos casos, en plena juventud?”, “¿Por qué tal cúmulo de sufrimiento a lo largo de la vida de las personas y de los pueblos?”.

El ser humano es un enigma para sí mismo, un enorme interrogante. Es un enigma que le viene acosando a la humanidad sin cesar desde los orígenes y no cesa de acosarle a lo largo del tiempo: “Tan grande es la complejidad humana que a veces desconcierta incluso a los dioses... El mundo en el que viven y actúan los hombres no es del todo inexplicable, pero tampoco totalmente racional. La razón y la insensatez, lo previsible y lo inesperado, la locura y la serenidad existen lado a lado, no solo entre dos individuos, sino también en la misma persona, en cada uno en diferentes grados. Las contradicciones de la vida, la pena y el alivio simultáneos en el momento de una despedida, la destrucción inherente a la creación... todas estas cosas confunden la mente al tiempo que la iluminan”¹⁵.

No es que no sepamos nada del ser humano. Sabemos bastante. Pero no estamos seguros de la humanidad que nos espera y a la que aspiramos. O, por lo menos, cada vez somos más modestos y menos dogmáticos a la hora de definirla. “¿Qué es un hombre bueno, auténtico, feliz y libre, según la idea que hoy posee la humanidad, una humanidad atenta a un fu-

¹³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, X, XVI, 25.

¹⁴ *Ibid.*, X, XXXIII, 50.

¹⁵ M. CURTIS FORD, *La odisea de los diez mil*, p. 342.

turo mejor con el que ha soñado desde siempre? ¿Qué es una existencia humana digna de ser vivida? Hoy somos más modestos a la hora de determinar positivamente en qué consiste ser hombre. Ernst Bloch escribe: ‘El hombre no sabe todavía lo que es, pero sí puede saber lo que, en su condición de ser alienado, no es y, por consiguiente, no quiere seguir siendo’. No disponemos de una definición de la existencia humana: para los cristianos se trata no solo de una realidad futura, sino escatológica”¹⁶.

Este enigma a veces da lugar a una especie de éxtasis de agraciado, cuando contemplamos las maravillas del ser humano, como le sucede al salmista de la Biblia. Este se dirige a Dios, desde una experiencia de admiración, para preguntarse y preguntarle: “¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, el ser humano para que de él te cuides? Apenas inferior a un dios lo hiciste; coronándole de gloria y de esplendor, le hiciste señor de las obras de tus manos, todo fue puesto por ti bajo sus pies” (Sal 8,5-7). (Parece ser que los primeros astronautas que pusieron su pie en la luna recitaron este salmo cuando contemplaron la belleza de la tierra desde la nueva plataforma o mirador.) En el salmo 143, el salmista hace a Dios la misma pregunta, pero con un tono más sombrío: “Yahveh, ¿qué es el hombre para que le conozcas, el hijo de hombre para que en él pienses? El hombre es semejante a un soplo; sus días, como sombra que pasa” (Sal 143,3).

Otras veces el enigma da lugar a una reacción indignada y rabiosa, cuando experimentamos el lado oscuro del ser humano, el fracaso, la injusticia, el dolor, la enfermedad, la muerte... y hasta la degeneración de los humanos. Job, desde una experiencia de sufrimiento inmerecido, arroja una cascada de preguntas indignadas a Dios y a sus ortodoxos amigos, porque no es capaz de entender el enigma humano. Ante la experiencia de una vida llena de infortunios y sufrimientos, no acierta a explicarse por qué una noche fue concebido y un día nació: “Perezca el día en que nací y la noche que dijo: ‘Un varón has sido concebido’” (Job 3,3-10). No entiende por qué le ha acontecido tanto sufrimiento: “¿Para qué dar a luz a un desdichado, la vida a los que tienen amargada el alma, a los que ansían la muerte que no llega..., a los que se alegran ante el túmulo y exultan cuando alcanzan la tumba, a un hombre cuyo camino está cerrado y a quien Dios por todas partes cerca... No hay para mí tranquilidad ni calma, no hay reposo: turbación es lo que llega” (Job 3,20-26). No puede comprender qué sentido tiene una vida en la que solo cabe esperar y desear la pronta llegada de la muerte (Job 3,21).

¹⁶ E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos...*, p. 713.

En uno y otro caso, cuando desborda en gratitud y cuando le asalta la indignación, el ser humano es un enigma para sí mismo.

Todas las culturas son, en cierto sentido, un intento de responder a ese gran enigma que es el ser humano. Todas las religiones, sin excepción, son un intento de descubrir la naturaleza de sus dioses, pero también son un intento de resolver el enigma del ser humano. Todas las filosofías tienen algo o mucho que ver, directa o indirectamente, con ese gran interrogante que es el ser humano.

En mis estudios de filosofía, en unos años en los que aún prevalecía la neoescolástica, se nos repetía machaconamente: "Los tres objetos de la filosofía son: Dios, el hombre y el mundo". Hoy se ha recortado un poco ese objeto, porque a muchos filósofos ya no les interesa la cuestión de Dios. Pero el hombre, el ser humano, sigue en el centro de las preguntas filosóficas más importantes.

Y todas las ciencias, aun aquellas que parecen estar más distantes de las aludidas preguntas, buscan, sondean e investigan los más recónditos y minuciosos rincones de la realidad para aclarar el enigma del ser humano y allanar el camino de la vida humana. Lo sepan o no lo sepan los científicos en juego.

Nadie está solo en esta empresa. Nos han precedido muchas generaciones que bregaron con el mismo enigma y fueron acumulando sus lecciones de sabiduría. Necesitamos sus aportaciones para ponernos en camino, para aprovechar sus aciertos y no repetir sus errores. Necesitamos la memoria y la tradición para no buscar lo que ya está descubierto: "Los hombres necesitamos que alguien nos previva para descubrir lo que ser hombre significa y exige, hasta dónde se debe extender y hasta qué bordes no se puede llegar. No hay una metafísica ni una matemática normativas de lo humano, que nos den dicho de antemano lo que es ser hombre: vamos aprendiendo de nuestros semejantes lo que es humanidad y lo que es inhumanidad"¹⁷. A la postre, solo sabemos lo que hemos asimilado, pero es una gran ventaja que no comencemos de cero en el estudio del ser humano.

Este enigma del ser humano es apasionante. Cuanto más se nos resiste, más nos sentimos atraídos o arrastrados por él. A veces se nos olvida por breves momentos, pero al final la belleza o el despropósito acaban devolviéndonos la pregunta: "Pero ¿qué es el hombre, qué es el ser humano, quiénes somos nosotros?". "El enigma de ser hombre" ha dado lugar a muchos títulos de libros y obras famosas. Hasta las canciones más populares

¹⁷ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo...*, p. 445.